

Gomez de Segura, Bernardo

**Discurso pronunciado en la apertura del curso de
1851 a 52 en el Instituto de 2ª Enseñanza de
Cuenca / por ... Bernardo Gomez de Segura.**

Cuenca : Imprenta de Pedro Mariana, 1851.

Vol. encuadernado con 19 obras

Signatura: FEV-AV-M-01451 (09)

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

DISCURSO

PRONUNCIADO

en la apertura del curso

de 1851 á 52 en el

INSTITUTO DE 2.^a ENSEÑANZA

DE CUENCA

POR EL PRESBITERO

D. Veruaxdo Gomez de Segura,

DIRECTOR Y CATEDRÁTICO DE MORAL

y Religion del mismo Establecimiento.



CUENCA:

IMPRENTA DE PEDRO MARIANA.

1851.

DISCURSO

PRONUNCIADO

en la apertura del curso

de 1851 á 52 en el

INSTITUTO DE S. ENSEÑANZA

DE CUENCA

POR EL PRESIDENTE

D. Juan de Dios Gómez de Segura

DIRECTOR Y CATEDRÁTICO DE MORAL

y Religión del mismo Establecimiento.



CUENCA:

IMPRESA DE PEDRO MARIANA

1851.

SEÑORES :

Si momentos de placeres puros hay en la vida, lo son sin duda aquellos que, como el presente, van acompañados de tan dulces y lisonjeras circunstancias. Abrir las puertas de un establecimiento literario para mejorar la condicion de nuestros semejantes, y conducirlos por el camino de la verdadera grandeza y felicidad, es ya por si solo un acontecimiento notable que debe formar época en la historia de la civilizacion de un pueblo, y ocupar una de sus mas ilustres y brillantes páginas. Pero si á esas ideas generales se agregan los particulares que despierta en la actualidad esta augusta y solemne ceremonia : si consideramos que abrimos las puertas de un templo que ya en otro tiempo estuvieron abiertas, y que algun dia cerrára la fatalidad ó genio del mal : si nos convencemos de que en su consecuencia quedó borrada esta Capital y Provincia del catálogo de las demas Capitales y Provincias civilizadas de España, como si perteneciesen sus habitantes á la clase de miserables y degradados ilotas: si pasa en fin por nuestra imaginacion, que este acto tiene

por objeto hacerles recobrar la dignidad perdida , y sacarlos de ese estado de abyeccion y vilipendio en que yacieran ; no será cierto que, en vista de tan lisongeras consideraciones, tenemos muchos motivos de júbilo y regocijo ? Pues qué ¿ será posible que haya un solo ciudadano de esta Capital que estimando en poco, ó en nada , las verdaderas glorias é intereses de sus compatriotas , no solo se oponga á ellos, si es que ni aun sienta resonar en su pecho los májicos acentos del amor patrio , del suelo en que nació ? ¿ De ese amor, origen fecundo de grandes hazañas , que crea héroes y los immortaliza ; y que no es desconocido ni aun por el instinto estragado y pervertido de los salvajes ? No, Señores, no ; no es mi ánimo hacer tamaña injusticia á los hijos de esta Ciudad ; no los creo capaces de tanta aberracion , antes bien creo por el contrario , que todos , sin escepcion de clases y categorías , se trasportarán conmigo en este dia á las regiones del entusiasmo , y entonaremos juntos un solemne himno de gracias á la Providencia y á nuestra REINA por el inestimable beneficio de haber restablecido por completo el Instituto de 2.ª enseñanza que en este momento volvemos á inaugurar. Loor eterno tambien á todos aquellos beneméritos ciudadanos que antes y despues contribuyeron y han contribuido con sus patrióticos esfuerzos á crear y resucitar una escuela de que tantas ventajas puede reportar el pais ; ventajas que no puede desconocer ni la mas crasa ignorancia , ni la mas ánsigne mala fé.

Yo bien hubiera querido , Señores , contribuir por

mi parte á dar mas realce á esta festividad; pero las circunstancias han sido tales, que se han sobrepuesto á mis buenos deseos, haciendo que todo sea como improvisado, y con especialidad el discurso que tengo la honra de presentar á tan ilustrada y respetable asamblea. Apoyado en el reglamento, bien podia haberle encomendado á uno de mis dignos profesores; y de seguro que cualquiera lo hubiera desempeñado con mas ventajas cientificas y oratorias. Empero, como el cargo con que S. M. se ha dignado honrarme encierre dentro de si tantos y tan sagrados intereses: como ellos, bien ó mal dirigidos, tengan intima relacion con la felicidad ó desgracia de esta Capital y su Provincia, y se rocen á la vez con los generales de la pátria, he creído natural, que al aparecer por primera vez en la escena como persona enteramente desconocida y encargada de velar sobre tan caros objetos, el temor se apoderaria de los ánimos, y que en situacion tan zozobrosa, se anhelaria por todos oír siquiera de mi boca, mientras otra cosa no pueda ser, algunas palabras de consuelo y de esperanza. No se crea sin embargo que me preocupa la vana ilusion de conseguir por completo el fin que me propongo. Conozco demasiado que tengo que luchar con una opinion generalmente confirmada por la experiencia. Los mas lisonjeros programas, aunque muy del gusto del dia, van perdiendo gran parte de su interés, por no decir, que se hallan casi de todo punto desautorizados. El siglo con su fascinadora sonrisa, y con esa especie de ropaje con que todo lo engalana, ha podido alucinar mas de una vez

á muchos incautos, pero son tantas y tan elocuentes las lecciones, tantos y tan amargos los desengaños, que raro es en la actualidad, á no ser un espíritu muy superficial, el que se deje arrastrar de títulos brillantes, de ampulosas y lisongeras promesas. Quien, en las circunstancias del día, tenga la pretension de atraerse sectarios, es indispensable que autorice primero su apostolado con algo mas que con un charlatanismo embutido de palabras talladas, de frases sonoras y campanudas. Una especie de ateísmo político preocupa todos los ánimos; y es, que la mentira y el engaño, estando como están á la órden del día, han dado lugar á desconfiar completamente de la fé y moralidad de los hombres. ¡Pobre y desgraciada sociedad, cuán digna eres de compasion! El error, cual metéoro brillante, podrá, si, deslumbrarnos por algun tiempo, mucho mas si se nos presenta con caprichosas formas, con variados y vistosos colores: pero su triunfo es efimero, su dominio pasajero. El trono en que osado ó sagaz se colocára, es un trono usurpado que solo corresponde á la verdad hija del cielo; y por lo mismo solo ella es digna de gobernar el mundo, de que se le erijan altares, y tributen religiosos homenajes. Por esas consideraciones, no me propongo hoy, bajo ningun concepto, arrancar anticipados aplausos, ni usurpar desde luego una reputacion que no merezco; ni mucho menos exijo, que me se arrojen al escenario ramilletes de flores para tejer guirnaldas, y ceñir con ellas mis sienes como premio debido á mis altos merecimientos. Nada menos. Conozco que necesito pasar, para ser crei-

do, por las pruebas de los demás hombres; pero mientras que eso no pueda verificarse, me contentaré con ofrecer á tan ilustrado público las opiniones que profeso acerca de la eminente mision que se me ha confiado; y al mismo tiempo, lo afirmo con entusiasmo, los mas sinceros fervientes votos por la felicidad del pais y de esta Capital.

Señores, cuando intenté pronunciar la presente oracion inaugural, me hallaba mas dispuesto para sentir que para pensar; y por lo mismo tampoco sabia que punto escoger que fuese digno de vuestra ilustracion, y aun de vuestra justa y natural curiosidad. Mil ideas se cruzaban en mi cabeza, y armaban nobles disputas sobre cual se habia de llevar la preferencia; pero por fin en la necesidad de hablar, me decidí por esponeros un cuadro, ó mas bien un boceto, sino capaz de llamar la atencion por su novedad, detalles y colorido, interesante al menos por las ideas que encerráse; y como tal consideré el de trazar á grandes rasgos y desaliñadas pinceladas las costumbres dominantes del siglo y sus tendencias, para deducir en seguida el giro que imperiosamente reclama hoy dia en nuestra pátria, por no decir en toda Europa, el importante ramo de la instruccion pública. Pero son tantos y tan variados los elementos que constituyen la fisionomia de dicho siglo; son tantos los cambiantes que ofrece; es tal su movilidad y desasosiego, que no es fácil salgan bien formados los perfiles, bien marcados los contornos, como no lo es sacar el fiel retrato de una persona inquieta ó jugetona por medio del daguerreotipo. Sin embargo, yo

haré cuanto esté de mi parte porque aparezcan, siquiera, aquellas facciones que estén mas pronunciadas; advirtiendo que antes de estender el lienzo, antes de tomar la paleta y los pinceles, me he impuesto el imprescindible deber de dibujar y estender los colores sin prevencion, preocupación, ni odio de ninguna clase. Las pasiones, las opiniones politicas, y cuantas miserias aflijen al mundo deben desaparecer ante la fria razon del filósofo, mucho mas si se halla investido con el sagrado carácter de ministro del Evangelio; y cuando la obligacion le llame á pintarlas ó corregirlas, tampoco debe hacerlo si no como mero historiador: ni deben emanar de su boca si no palabras amigas, palabras paternales, palabras en fin empapadas en bálsamo y encendidas con el ardiente fuego de la caridad, siendo su único objeto promover por medio de la persuasion, la verdadera dicha del género humano; y muy especialmente la de la patria á que pertenece. Tubiera yo, Señores, en este instante el profundo y variado saber de un Descartes, de un Newton, de un Leibnitz (1): prestárame su elocuencia el Cisne de Mantua; Homero y Virgilio su estro poético; David el arpa, Apolo su lira. Quisiera tener tambien segun las diferentes escenas que haya de representar, la concision de Tácito, la energia de Demóstenes, la suavidad de Propercio, la ternura de Tibulo y la sublimidad de Horacio. Mas ya que no pueda aspirar á tanta gloria, ni remontar el vuelo hasta las elevadas cimas del Olimpo y del Parnaso, séame siquiera permitido implorar de

(1) Con exclusion de sus errores.

tan ilustrado público un generoso rasgo de bondad é indulgencia. Solo suponiendo que ellas sean mas grandes que mis defectos, puedo deponer los temores que me asaltan, y lleno de confianza, dar principio á mi tarea.

Esto supuesto ¿cuáles son las costumbres del siglo? ¿cuáles sus tendencias? Para contestar á esas preguntas de la manera mas filosófica, es necesario presuponer, que la humanidad, segun su naturaleza y destino, tiene necesidades materiales, intelectuales y morales que satisfacer; y que segun la manera de satisfacerlas, asi la historia del género humano en su progresivo desarrollo nos ofrece fases mas ó menos brillantes, mas ó menos consoladoras. Si lo verifica de una manera armónica, las sociedades marchan por la carrera del verdadero progreso, de la verdadera civilizacion; cumplen la mision que les corresponde, y alcanzan, cuanto es posible en la tierra, el alto destino de perfectividad á que son llamadas. Pero si, por atender demasiado á unas necesidades, se desatienden otras, si no se tiene en cuenta el rango y papel que cada una debe desempeñar, sino marchan paralelas, en tal caso el equilibrio se pierde, las naciones retrogradan, se abisman en el caos, y sufren terribles y desastrosas convulsiones. La historia en esta parte está de acuerdo con la filosofia. Examinemos pues, qué fenómenos ofrece la historia contemporanea de Europa bajo los tres indicados aspectos, material, intelectual y moral. Ese estudio, sobre no ser en mi concepto perdido, nos conducirá ademas á fijar la cuestion con claridad, y á deducir los corres-

pondientes corolarios.

Señores, si, haciendo abstraccion de otras ideas, consideramos aisladamente el mundo bajo el aspecto material, el entendimiento se oprime y anonada con el peso de tanta grandeza, de tanta brillantez: pues no parece sino que los objetos se nos presentan como al traves de una linterna mágica. Porque ¿quién no se asombra al contemplar esas ricas y admirables producciones del ingenio, esos sorprendentes descubrimientos, esas prodigiosas aplicaciones? Hubo tiempos, sí, en que los goces materiales pudieron servir de argumento al numen de los poetas; pudo crear, sí, su fantasía acalorada un siglo de oro; puede la historia trahernos á la memoria las riquezas de Tiro y de Sidon, la magnificencia de Grecia y de Roma en los felices dias de su mayor esplendor, y cuanto de mas grande puede ofrecernos la antigüedad. Pues bien, todo eso y acaso mucho mas vemos ó veremos reproducido en nuestros dias; y es, que contamos con descubrimientos desconocidos de los antiguos, y que aun los modernos los tenemos por euasi puramente ideales ó fabulosos. No se crea que mis asertos son una paradoja, ó una mera é hinchada declamacion; y sino echemos una mirada escudriñadora por el deslumbrador espectáculo que por doquiera se nos ofrece, y veremos, que todas las naciones, émulas de sus adelantos artisticos, industriales y comerciales, se disputan á porfia el triunfo de sus compatriotas. En prueba de lo que digo, fijad la vista por un momento en esa esposicion-monstruo que tiene lugar en una de las capitales mas ricas y populosas del mun-

do, y decidme, si jamás vio la humanidad cosa semejante. Allá concurren presurosos de todas partes, los unos á depositar sus artefactos, los otros á satisfacer su curiosidad; y todos en fin á admirar el refinamiento de tantos objetos de lujo, que encantan y seducen, tanto por lo elegante y caprichoso de las formas, cuanto por la suma de comodidades y placeres materiales que nos producen. De manera que al considerar tantas y tan ricas producciones; al considerar esa profusion de embelesos, diríamos, que no parece sino que Amaltéa está derramando á granel toda clase de felicidades y abundancia: y aun podríamos añadir, hablando también mitológicamente, que no parece sino que el planeta que habitamos es la verdadera morada de los dioses y el único destino de los mortales. Así es, que por efecto de esas tendencias, en nada más se piensa, y de nada más se habla, que de todo aquello que tenga relación con una vida muelle y voluptuosa. Modas, trajes, caballos, carruajes, muebles, bailes, conciertos, minas, fiñones, he aquí lo que generalmente sirve de pábulo á nuestras conversaciones, y aun á la imprenta: he aquí la única órbita que recorreremos con nuestros discursos; fuera de la cual solo encontramos desabrimiento, fastidio y sequedad. Pero en medio de tanto oropel con que el siglo nos ofusca y nos encanta; ¿somos felices? ¿somos completamente dichosos? ¿lo son las sociedades modernas? No, Señores, no: Estamos y están muy lejos de serlo; y es, que todos esos cebos no sirven sino para irritar nuestra parte animal, para crearnos mil y mil necesidades facticias; para fo-

mentar el lujo y la molicie; para enervarnos, en fin, y estragarnos con tantas y tan variadas impresiones. Así es que, pasados los momentaneos placeres que nos proporcionan, todos sentimos un malestar interior que nos devora; todos sentimos un triste vacío en el alma, dejándose oír en él de vez en cuando, como en un desierto solitario, una profunda, imponente y dolorosa voz que nos dice: «Oh hombre, acuérdate de que eres algo más que un bruto! ¡acuérdate de que eres también un ser inteligente y moral!» Veamos pues á la vez cómo satisface el siglo la primera de estas dos necesidades.

Sin duda alguna que si tenemos que admirar mucho el prodigioso vuelo del ingenio humano en la adquisición de los conocimientos que nos proporcionan goces materiales, no nos causa menos asombro al considerarle recorriendo nuevos horizontes, y desplegando sumárgica energía en todos los demás ramos del saber humano. Historia, filosofía, jurisprudencia, política, administración, todo es objeto del hombre estudioso y pensador; todos se afanan por organizar las sociedades de la manera á su parecer más conveniente. Al efecto los hombres encargados de dirigir las, cual otra Penélope de la fábula, deshacen hoy lo que hicieran hacer, sin encontrar el verdadero remedio á los males que las aquejan. Los unos idean nuevas formas de gobierno, nuevos sistemas, ó estravagantes utopias: los otros se ocupan en formular nuevos códigos de legislación, ó en reformar los antiguos; estos dan nuevo giro á los estudios históricos, aquellos se remontan á las más abstractas y sublimes especulaciones de la metafísica. Aun más:

el siglo, á fuer de pensador, de crítico, de generalizador, de eclecticico en el sentido que algunos dan á esta palabra, ha divinizado la razon humana, la ha sustituido á la luminosa antorcha de la fé, ha espiritualizado la materia, y materializado el espíritu: ha despreciado en la ciencia el principio de autoridad, y de ahí el que ha puesto en tela de juicio hasta los dogmas mas venerables, ha ridiculizado sacrilegamente las creencias religiosas, se ha metido en el intrincado laberinto de la duda, de la duda se ha lanzado en un general y desolador escepticismo, y por fin, no teniendo el entendimiento humano freno que le contenga en su desatentada carrera, ni brújula que le dirija, natural era que viniese á parar á sistemas absurdos, ó aventurados en religion, moral, politica y filosofia, y en último término á santificar el principio de las revoluciones. De manera que jamás se vió al espíritu humano mas arrogante, mas presuntuoso, ni con mayores pretensiones. ¡Qué campo tan vasto se ofrece á mi imaginacion en este instante! ¡Cuántas y cuántas reflexiones tengo que suprimir á beneficio de la brevedad! Pero en medio de ese desenvolvimiento intelectual que se da á conocer por ese agente poderoso de la imprenta, por esos escritores públicos que tanto abundan, por esos filósofos célebres, esos publicistas insignes, esos estadistas consumados con que el presente siglo se enorgullece; ¿somos felices? ¿lo son las sociedades modernas? De ninguna manera: antes estamos y estan tan lejos de serlo, que bien podriamos decir, que las naciones ofrecen el doloroso espectáculo de aquellos enfermos crónicos y deshauciados, que

agobiados y oprimidos con la gravedad é intensidad de un mal incurable, ensayan todos los sistemas médicos sin que ninguno alcance á curarlos. ¡ Miserable humanidad! ¿Será que estes condenada á seguir la misma suerte? ¿será que las naciones esten condenadas como los individuos á no poder alcanzar algun dia el reposo y bienestar á que aspiran? A no dudarlo, Señores: el mundo moral tiene sus leyes como el físico, y todavía mas eternas é inmutables, y no en vano se infrinjen ó se desprecian. Despues de haber pasado revista al presente siglo bajo el aspecto material é intelectual, veamos si ofrece mas alagüeña perspectiva bajo el moral ó de costumbres; y me encuentro ya en la última parte de mi discurso. ¿Pero no será mejor, Señores, que echemos un tupido velo sobre este asunto? ¿no será mejor que hagamos lo que aquel célebre pintor que, no encontrando medio de espresar las penosas angustias de Agamenon cuando el sacrificio de Yfigenia, cubrió con un lienzo el semblante del padre, dejando al espectador que adivinara cuál fuese el dolor que le cabria por la pérdida de su hija idolatrada? ¡ Ah, Señores! Ojalá que pudiese valerme en este instante del ingenioso ardid ó inspiracion de tan célebre artista! ¡ Ojalá en fin que me fuese dado, esponeros un brillante cuadro de costumbres, donde resaltasen hechos heróicos, virtudes eminentes que pudiesen servir de argumento á poemas interesantes, á magnificas epopeyas! Pero si he de desempeñar en esta parte, cual corresponde, el papel de mero historiador, tengo que ahogar por un rato tantas y tan dulces ilusiones, tengo que desenten-

derme de rasgos brillantes de imaginacion, tengo en fin que pintar la verdad al desnudo, tal cual ella es, aunque aparezca bajo las formas mas horribles. Perdonadme, si os soy molesto: ya sé que me voy alargando demasiado; pero perdonadme, repito, en gracia de lo interesante del asunto.

Enhorabuena, Señores, que el genio despliegue sus alas y las agite sobre todos aquellos ramos que nos proporcionen mas gozes materiales: somos esencialmente sensibles y estamos organizados de tal manera, que no podemos permanecer del todo indiferentes á sus dulces impresiones y encantadores atractivos. Enhorabuena que haga nobles y generosos esfuerzos por elevarse á la parte mas culminante de las ciencias. No seré yo ciertamente quien condene esas aspiraciones, ni una sola de sus conquistas. Diré mas: cuando oigo anunciar un adelanto cualquiera, sin embargo de no ser yo el autor, me lleno de entusiasmo, siento dentro de mi un santo orgullo que levanta mi pecho, siento en fin dentro de mi toda la dignidad y grandeza de la especie, y como una brillante ráfaga de luz que me diviniza. Pero apesar de tantos y tan sorprendentes progresos, apesar de esa civilizacion que tanto se decanta. ¿Cómo se aplica esa singular anomalia de que no somos felices? La contestacion es muy fácil, y vosotros mismos la adivináis; y es, que todos conocemos, cuasi instintivamente, que la verdadera civilizacion de un pueblo no consiste solamente en ferro-carriles, en máquinas de vapor, en ascension de globos aereostáticos, en los progresos de las artes, de la industria y del comercio. Todos cono-

ceмос, que para decirse un país civilizado, necesita algo más; que necesita armonizar esos intereses materiales é intelectuales con otros más nobles y elevados; es á saber, con los morales. Por desatender estos últimos, por creer que la tierra es nuestra única morada, por rehusar elevar al cielo una mirada reflexiva y suplicante; deplora la Europa entera con amargas y dolorosas lágrimas tantos trastornos, tantas miserias, tantas convulsiones, tan horrendas y sangrientas catástrofes. Por falta de creencias religiosas, en vez de valerse los gobiernos de la fuerza moral para dirigir los pueblos, y contener su desenfreno, se ven en la precisión de sostener esos costosos y numerosos ejércitos con arma al brazo, esperando con guerrero ademán la señal de combate. Por desatender la parte moral y religiosa están á la orden del día esos suicidios, esos desafíos, oprobio de la razón, y padrón de ignominia de los siglos bárbaros: esos escándalos contra la moral pública y privada, ese lujo corruptor de las costumbres y devorador de las fortunas, y que, cual pestífero veneno, se halla desparramado por todas las clases de la sociedad. Por efecto de esas funestas tendencias, las necesidades públicas y privadas crecen de día en día hasta un punto indefinido; se aprovechan de ellas los especuladores y usureros; de oficio, se contraen deudas, desaparecen fortunas colosales, se improvisan como por ensalmo otras nuevas, se verifican banca-rotas por todas partes; y el resultado es, que los grandes capitales, bien sea porque falte la buena fé en los contratos, bien porque todo esté vecilante y movedizo, se mono-

polizan, huyen ó se esconden, dejando de circular en beneficio público y privado. Por efecto de esas tendencias á que es preciso sucumbir, sopena de ser silbado, el presente siglo ha merecido el honroso epíteto de **POSITIVO** ; Qué desgracia, Señores! ¿sabeis lo que quiere decir siglo positivo? siglo positivo quiere decir, siglo egoísta, siglo sin entrañas, y en el que el interés particular, sin reparar en los medios, debe anteponerse al amor patrio, y á todas las virtudes que exigen desprendimiento. Por eso, ya no debe maravillarnos el que se hallen relajados todos los vinculos sociales, incluso los de familia, y que sea tan difícil encontrar verdaderos Pilades y Orestes. Por eso no hay que maravillarnos de que oigamos á cada paso las desgarradoras palabras: «No se puede tratar con nadie: es preciso aislarse: es preciso huir de la sociedad!» Por efecto de ese malhadado sistema utilitario, que está en hoga, toda vez que se habla de interés público, de hacer algun sacrificio por la patria, ó en beneficio comun, se corresponde con una carcajada, ó con una cruel y desdenosa sonrisa, de que resulta tambien, que el espíritu de nacionalidad, que en otro tiempo produjo héroes, esté cuasi muerto, y llene nuestra historia de padrones de ignomia, puesto que es preciso que hasta las cosas mas sagradas lleven el sello de la especulacion, y que todo sucumba bajo el ominoso peso de los metales. *Omnia pecuniæ obediunt*. Sí, Señores, sí: ya no hay mas Dios, que el dios Mercurio, y el dios Pluto de la mitología ó de la fábula: solo á ellos se tributan adoraciones idólatras: y por eso no ve mosen todas las bande-

ras otra enseña, ni otro lema que el siguiente; EGOISMO » *Ibi fas, ubi maxima merces* » No se crea, Señores, que describo las costumbres del siglo con la misma exageracion con que describió Tácito las de los romanos: ni se crea tampoco, que todos esos asertos y reflexiones son producto únicamente de la acalorada cabeza de un intolerante y fanático eclesiástico. ¡Ojalá que lo fuesen! pero desgraciadamente no es así. Yo no hago sino trasladar fielmente al lienzo lo que todos vemos y palpamos: yo no hago sino repetir el eco de lo que dicen y afirman los hombres mas célebres del mundo por su saber y por sus virtudes; pues todos convienen en que las sociedades modernas están amenazadas de un cataclismo general, y en que mas tarde ó mas temprano vendrán á parar al sepulcro, al mismo panteon de los mas grandes y florecientes imperios que las precedieron, á menos que con tiempo no se estirpen las causas que, sin apercibirnos, zapan sordamente sus cimientos. Roma cuando pobre, pero virtuosa, triunfó de la opulenta Cartago; y Roma cuando rica pero viciada, de señora del mundo llegó á ser esclava hasta de las mas incultas naciones. ¿Y cuáles os parece que son aquellas causas? apesar de estar ya indicadas, las repetiré mas esplicitamente. Las causas no son otras, que la impiedad en unos, la ignorancia ó debilidad de creencias en otros; el indiferentismo religioso en cuasi todos. Y cuidado, Señores; que es preciso no olvidar, que todas cuantas veces han intervenido los mismos motivos, las naciones, como era natural, han sufrido y tenido que llorar las mismas consecuencias. Sin necesidad de

remontarnos al origen del mundo, y de recorrer todas las fases que ha presentado el linaje humano en su marcha progresiva; bastará que recordemos solamente lo que dió lugar, no en tiempos muy distantes de los nuestros, á las dos mas horrendas catástrofes que jamás vieron los mortales. Hago alusion á las memorables revoluciones de Alemania, Inglaterra, y Francia, ocurridas, las dos primeras á principios del siglo 16 con motivo de las reformas religiosas; y la última á fines del 18 por efecto de las disolventes doctrinas que la prepararon. Y si hay alguien que las ignore, ahí están las ensangrentadas páginas de la historia: que las lea, y estoy seguro que ellas herirán sus ojos y lastimarán su corazón: que las lea, y no me cabe duda que ellas le convencerán con lenguaje bien elocuente, si son ciertas mis aseveraciones.

Señores, he concluido el trabajo que me propuse; he concluido de pintar, aunque tosca é imperfectamente, el cuadro que ofrece la historia contemporanea bajo el aspecto material, intelectual y moral. No me he propuesto ofender á nadie, ni con sus formas ni con sus colores, si es trazar únicamente el fondo de la sociedad. (1) Solo resta pues deducir en su vista el giro que imperiosamente reclama el importante ramo de la Instruccion pública. Pero ¿á qué fin detenernos en prolijas consideraciones y minuciosos detalles sobre este particular, si con lo ya dicho está completamente resuel-

(1) Suspicionem, si quis errabit sua, et rapiet ad se, quod erit commune omnium, stultè nudabit animæ conscientiam, Phædrus.

ta la cuestion? Pues que ¿no queda ya comprobado de una manera irrefragable que las sociedades modernas, á pesar de tanto progreso material é intelectual, estan muy lejos de ser felices, nada mas que por verse desatendidas la necesidades morales cifradas en las ideas religiosas? Á dar pues fuerza y vigor á esas creencias, á mejorar las costumbres deben encaminarse los esfuerzos de la enseñanza; los esfuerzos de todos los que bajo diferentes aspectos estan encargados de dirigir la sociedad. Los Gobiernos con leyes sabias y tutelares; los ministros del Santuario con documentos y fervorosas exhortaciones; los padres de familia poniendo en práctica cuanto reclama una esmerada y religiosa educacion; las autoridades locales cumpliendo con celo y exactitud las disposiciones superiores, y vigilando para reprimir todo el que se eponga á la moral pública; los maestros en fin de la juventud con sus sólidas instrucciones y ejemplos: hé aquí todos los elementos que son necesarios para estirpar los males que nos aquejan, y reorganizar la sociedad sobre una base segura y estable. Cualquiera de ellos que falte es por sí solo suficiente para neutralizar todos los demas. Por lo que á nosotros hace, mis queridos comprofesores, yo espero que, persuadidos de lo elevado é importante de nuestra mision, nada diremos, ni haremos que deshonne nuestro sagrado ministerio. Al efecto, preescindiendo de otras consideraciones politicas y religiosas, os recordaré en compendio el célebre dicho de un filósofo gentil; y es: » Que la educacion de los hombres que estan en la tierra debiera de ser obra de los dioses que estan en el cielo: » y

ese sublime pensamiento nos revela el rango de nuestro destino por un lado, y por otro los sagrados deberes que nos impone. Y vosotros, mis queridos alumnos, hijos de mi corazón, llegaos á mi, os diré, como decia Jesucristo á los niños; y á pesar de toda mi indignidad, apesar de no tener las dotes de un Chateaubriand, ni en la mano el arpa de un profeta, llegaos á mi, repito; y yo prometo hablaros de los encantos y grandezas de la religion: de esa religion que compendia todos sus preceptos en el amor de Dios y de los hombres. Sed pues, dóciles y obedientes á vuestros padres y maestros: sed aplicados, sed pundonorosos, temed en fin á Dios que es el principio de la verdadera sabiduria. Ilustre Gobernador, ilustre Junta inspectora, ilustrisimo Ayuntamiento, las leyes del pais os marcan tambien vuestras respectivas obligaciones; pero prescindiendo de ellas, ya sabeis que hay otras leyes escritas por el dedo de Dios en el corazón de los hombres, y que no se infringen impunemente. Asi que yo pido, yo ruego, yo suplico en nombre de lo mas sagrado, en nombre de los intereses generales de la patria, en nombre de los particulares de esta capital y provincia, que me ayuden todos con sus patrióticos esfuerzos á vencer cuantos obstáculos se opongan á elevar el Instituto de 2.^o enseñanza de esta ciudad al rango y perfectibilidad que su importancia reclama: en inteligencia de que yo no me contento con palabras estériles, con buenas intenciones, ni con fervientes votos, sino con obras; porque es bien sabido que obras y no votos son las que llevan á cabo las grandes empresas. Ademas es preciso tener en cuenta que

la creacion y sostenimiento de estas escuelas, sobre estar bajo la proteccion de las leyes del país, sobre las ventajas materiales, intelectuales y morales que ofrecen ó pueden ofrecer, son tambien una necesidad social; son en fin una cuestion de honra y orgullo provincial. Asi es que en todas partes, sin escluir los países mas miserables del reino, sofocando pasiones ruines de partido, se han hecho y se estan haciendo prodigiosos esfuerzos y admirables sacrificios para fomentar el lustre y esplendor de estos establecimientos. Y siendo esto asi, como lo es indudablemente ¿permanecerán indiferentes las autoridades locales de Cuenca? ¿permanecerá ni uno solo siquiera de sus hijos? ¿permitirán en fin unos y otros que por apatia ó indolencia, no quiero decir por malicia, vuelvan á cerrarse para siempre las puertas que con aplauso general abrimos en este instante, y cuya solemne ceremonia nos llena el alma de tan dulces y lisonjeras emociones? ya digo al principio, y lo repito ahora, que no creo tamaña aberracion: que no creo que nadie quiera cargar con tanta ignominia, con tan tremenda responsabilidad; sino antes bien espero que, impulsados todos por la mágica fuerza del amor pátrio y del país natal, se afanarán á porfia por dejar un grato recuerdo, un glorioso monumento, donde inscritos sus nombres, se trasmitan á la posteridad, como que merecieron bien de la patria, del país y de sus conciudadanos.—He dicho.